

PRIMERA CRÓNICA DEL
CRONISTA OFICIAL DE LA GUANCHA

TEXTO DE
SALVADOR PÉREZ
ACTO DEL CRONISTA OFICIAL

DÍA 19 -MARZO- 2022

Primera crónica del Cronista Oficial de La Guancha

Texto de SALVADOR PÉREZ- ACTO del CRONISTA OFICIAL – DÍA 19 –MARZO- 2022

- *Para ellos, Carlos Salvador y Beatriz, nuestros hijos –siempre- que nos siguen dando fuerzas para hacer lo imposible: vivir.*
- *Contra la guerra y como decía Mafalda: “Si los cobardes que deciden las guerras tuvieran que ir a pelearlas, viviríamos todos en Paz”*

Mi agradecimiento a todos los que aquí están y a los otros que no pudieron estar. Gracias al Ayuntamiento al completo por aprobar en acuerdo plenario y por unanimidad este nombramiento.

El alcalde, Antonio Hernández Domínguez, me propuso esta nominación de Cronista Oficial de La Guancha a finales de noviembre de 2020. De entrada, le dije que no, pero no le expliqué las causas de mi negativa. En una reunión posterior, en su despacho, me lo volvió a proponer y volví a negarme. Me llamaba con frecuencia a ver si había cambiado de opinión, hasta que habló con Juan y Jerónimo y estos me dijeron *acepta, muchacho, de una vez*. Aurora también dijo sí y, después de diversas reuniones con el alcalde, aquí estoy como primer Cronista Oficial de La Guancha.

En el pleno del Ayuntamiento, hubo unanimidad de los tres grupos políticos, algo que agradezco y valoro mucho: desde el PP, con el alcalde Antonio al frente, CC con Alejandro Herrera que fue un puntal eficiente en mi libro *La Banda en la vida, 90 años de la vida de nuestro pueblo*, y María José García por el PSOE. También mil gracias a dos concejales: Mercedes Báez, una guanchabajera de pro que busca las raíces del pasado para enfocar el presente y a Lorena Socas que lleva ese faro tan importante que es la cultura. Además, agradezco el trabajo de María del Pino Fuentes, o sea, la “dueña” del protocolo y las buenas maneras que ha hecho una detallada sinopsis de mi vida.

Necesito ofrecer una explicación, pues, mucha gente, de dentro y de fuera, me ha dicho ¿y por qué ahora? Y es que algunos conocen que esta es mi “segunda oportunidad”, ya que en 2003 fue presentada en este Ayuntamiento la propuesta para nombrarme Cronista Oficial que fue desechada por la mayoría absoluta del partido que gobernaba en aquel tiempo. Un grupo de personas, coordinadas por el profesor Carlos Hernández Morales, preparó toda la documentación sin yo saber nada. Cuando me llegó la sorprendente negativa ¡a mí toda la vida escribiendo de La Guancha! sí

que fue una bofetada en toda regla. Como me decía Carlos, el principal protagonista de aquella idea cercenada: *A veces la miseria cultural es inentendible*. Me acuerdo que se montó una polémica y muchos Cronistas Oficiales de toda Canarias me enviaron sus escritos de repulsa. No puedo olvidar, por poner un ejemplo, a la Cronista Oficial de Los Llanos de Aridane, María Victoria Hernández, tan de actualidad por el volcán de La Palma y que fue compañera en mis tiempos de trabajo en el diario El Día.

En fin...Ahora me han nombrado Cronista Oficial, pero yo he sido cronista desde los 14 años que empecé a escribir en los periódicos. Y, además, con mi único partido: La Guancha y la educación. Y lo he demostrado siempre: no hay ninguna faceta del pueblo en que no haya estado, Casino (mi primera universidad y dónde tanto aprendí), Banda de Música, baloncesto, fútbol, Instituto, Ferias, fiestas, actos culturales, libros, barrios, uno por uno, y, ojo, siempre de forma desinteresada. Y hasta cronista también de los que se fueron: Esteban Dorta, Faustino Delgado, Juan Luis Reyes, Idolina Domínguez, Goyo Yanes Dorta, el de “Pepe, el de la Fuente”, el de César Manrique y La Guancha, el de Pepe Cañada, mi sobrina Ana, José Carlos Mesa Fuentes... una larga lista. Y con mi archivo ordenado y a punto para donar a mi pueblo. Ya lo hice con el libro de la Banda de Música y voy a seguir en el futuro. Quiero destacar que en este trabajo meticuloso de ordenar el archivo está el esfuerzo de dos queridos colaboradores: César Rodríguez Domínguez “El irlandés, hijo de Idolina” y José Carlos Mesa Fuentes, aquel guanchero inolvidable al que se le rompió su nuevo corazón en Madrid.

No soy historiador como mi admirados Ulpiano Pérez Barrios (Buenavista), Juan Gómez Luis-Ravelo (Icod de los Vinos), José Pedro Pérez Pescoso (El Tanque), los guancheros Cristóbal y Ruperto Barrios, el ramblero José Antonio Oramas o ... Carlos Acosta García (Garachico) con sus 91 años o Eliseo Izquierdo con 92, Cronista Oficial de La Laguna que, en un reciente acto en la Asociación de la Prensa, me llamaba *Salvador de La Guancha*, gentes que han demostrado y están demostrando con hechos su amor a sus pueblos. No soy historiador, digo, pero sí tengo amor al pasado, a la historia pequeña o grande del pueblo que me vio nacer. Recuerdo que mi hijo Carlos Salvador me acompañaba a las grabaciones para el libro de la Banda, más de treinta horas, y asistía con esos largos silencios de su reflexión interior, mientras yo era un volcán de palabras y él un innato escuchador que oía a los demás. Le gustaba el pasado (la fuente donde bebe el presente) como a mí. No sólo como profesión, maestro y después largo tiempo profesor de Geografía e Historia en colegios e institutos de La Laguna. Y remato con dos frases: *El pasado ha de ser inventado a cada hora para que el presente no se nos muera entre las manos* (del escritor mexicano, Carlos Fuentes) o *Lo pasado está por venir* (de mi hijo Carlos Salvador).

A pesar de la vida en contra, aquí estoy, aunque mucha gente me diga cómo he sido capaz de llegar a esta orilla de la vida. A veces, Aurora y yo nos decimos “cómo estamos vivos” después del vendaval que golpeó nuestra casa. Aurora es madre, esposa, compañera, amiga...que ha estado en los malos vientos que azotaron nuestras vidas y en los cielos azules de la infancia y juventud de nuestros hijos. Siempre ha estado, siempre está...en el volcán vivo de mi frenética actividad con la calma y la pausa de su serenidad. ¡Y con 50 años de casados este próximo junio...!

Soy una persona que tiene dos vidas. Lo nuestro, ni pandemia ni nada. No hay palabras en el diccionario para tanta orfandad, pues en la plenitud de sus primaveras de 27 y 25 años, en las flores rotundas de su buen quehacer profesional, el destino les mostró la peor cara. A Carlos Salvador y Beatriz todo le sonreía, pero un viernes noche de un triste junio de 2001 la vida nos dio un giro de 180 grados, pero hemos seguido adelante dedicando nuestra existencia a hacer cosas por los demás, a través de los buenos caminos de la educación y la cultura.

Algunos, con la mejor intención, me dicen qué fuerte eres, cómo tienes esa capacidad de ilusionar e ilusionarte, cómo has seguido adelante...Y se sorprenden cuando digo que soy un guanchero universal que he sido feliz en todos los sitios con mis dos vidas profesionales: la educación y el periodismo. Pero, a estas alturas de mis ochenta años, siento que no he tenido una vida fácil, con muchos avatares que comenzaron casi desde que nació. Permítanme hacer un recorrido por ella que, en gran parte, va unida a la vida de nuestro pueblo.

Cuando tenía dos años, se incendió mi casa en la calle de El Calvario, una casa grande, con madera de tea. Mis antepasados me contaban que el fuego lo devoró todo y, seguramente, exageraban al decir ¡el fuego y el humo se veían desde Icod! Eso sí, a mi hermano Juan José lo tiraron por una ventana y lo recogieron con mantas en la calle.

Ahí comenzó a cambiar mi vida, pues nos alojamos en habitaciones alquiladas en lo bajo de la casa de don Juan Luis, el entrañable director de la Banda, mientras al otro lado de la calle había una cocina y un gran patio con plantas y flores y una gañanía con dos vacas, un cuarto del burro y otro patio más abajo con cabras, cochinos, gallinas, conejos... Me acuerdo de mi abuela Concha (nacida en Santa Úrsula, pero que llegó a La Guancha al casarse con mi abuelo Pepe: se conocieron cuando él se iba de emigrante a Cuba) cuando por las tardes ordeñaba una cabra y me ponía la leche humeante en una escudilla con gofio. Mi abuela fue mi cuarta mujer después de mi hija Beatriz, Aurora y mi madre. Un ser inolvidable. Y dato curioso: nuestra familia cubana que perdimos cuando la guerra en 1898 y que de forma sorprendente recuperamos en los años noventa del siglo XX y que hoy tenemos en la propia Cuba y en Estados Unidos

Cuando tenía ocho años, enfermé del pulmón, pleura me decían, y estuve en cama dos meses y me salvó una calle de La Guancha: ya saben la del Dr. Fleming, el inventor de la penicilina. Eso sí, fui bien cuidado por mis padres que me engordaron y en un tiempo me conocían en el pueblo como Salvador “el Gordo”.

Mi madre fue alumna de doña Ángeles Machado, aquella maestra ejemplar y ser humano excepcional que trajo toneladas de educación a un pueblo poco instruido. Mi madre, doña Teresa, era culta, lectora, hizo teatro con más de 80 años, ama de casa, con cuatro hijos...y tuvo la mala fortuna de que la vida le cambió con un hachazo terrible.

Mi padre fue un hombre entrañable que educó y supo educar y, es bueno resaltar, que fue un empresario que trajo a La Guancha mucho trabajo con una empresa que llegó a tener a cincuenta personas, la única que había en el pueblo. Se dedicaba al trabajo agrícola: plantó papas, plátanos y hasta ¡tártagos y algodón!, construyendo fincas y llevando tierra. Las primeras tierras en camiones a fincas de Icod y Garachico (vean las feraces huertas de plátanos de El Guincho) y que eran cargadas con palas de mano en la zona de El Barranco con tierras que sobrevivieron al aluvión de 1826 (por cierto: la corporación municipal debería preparar ya una comisión para planificar la conmemoración de los 200 años de ese hecho que cambió la historia de nuestro pueblo). Después llegaron los camiones, un total de siete, con tres palas mecánicas, dos perforadoras y con personal, todo del pueblo, con chóferes, palistas, albañiles, peones... Por poner un ejemplo cercano, con mi padre estaba la familia del actual alcalde, pues trabajaron Lito (su padre), su tía Rosario y su tío Cristóbal (palista)...O sea, una familia con grandes carencias: de ahí el valor de Antonio que, como tantos guancheros, logró una carrera y una profesión en precarias condiciones económicas.

Pero llegó la crisis de Venezuela y tuvimos que trasladarnos al Sur, a la Playa de la Arena, a construir fincas que hoy son hoteles y apartamentos. La empresa se hundió y mi padre, aquel orgulloso, imaginativo y apreciado Salvador Pérez León, desapareció un septiembre de 1968. Yo venía de Las Palmas donde tenía mi primera escuela y mis hermanos, que me esperaban en el aeropuerto, me dieron la noticia. Mi padre me envió un giro postal, pues sabía que yo no cobraría hasta diciembre, pero no volvió a ponerse en contacto con nosotros. Nos decían que, si estaba en Madrid, en Málaga, en Venezuela...nadie nos dio una información cierta. La policía indagó, pero ni una palabra. Yo incluso fui a Venezuela y puse fotos y llamadas en periódicos y visité a muchos canarios. Nada: como si la tierra se lo hubiese tragado. Hasta fuimos al famoso programa de Televisión Española *Quien sabe dónde* con Paco Lobatón, pero siguió el misterio y el infinito trauma de toda la familia.

Antes me había tocado hacer el servicio militar, el cuartel, en Melilla, como a mis otros dos hermanos, y durante 16 meses, Esto me sirvió para

empezar con mi gran afición a viajar, pues estuvimos en Cádiz, Málaga, Madrid... Allí recibí el cariño de una familia guanchera cuyo padre, Jerónimo, fue aquí guardia jurado, vigilando los campos, y en la ciudad norteafricana tenía un bar y una tienda.

Mi profesión de maestro me hizo recalar en Las Palmas, tres años en un enorme colegio cerca de la Playa de las Canteras, junto al actual Auditorio Alfredo Kraus y un curso inolvidable en Utiaca, un barrio de La Vega de San Mateo. Después, boda con Aurora y escuela en el barrio de La Mancha, de Icod de los Vinos, y más tarde, el salto a La Laguna por nuestros hijos y su ingreso en la Universidad.

Y conmigo, mi amada profesión de maestro, la carga ilusionante de la educación, mucho más que la mera instrucción, más compleja, más difícil, más complicada. Procuré que cada alumno no fuera un número en lista- al principio hasta 44 niños por aula- sino un ser humano, con sus virtudes y defectos, con sus pequeños problemas y sus grandes inquietudes. Alumnos y padres en buena unión llegando a la meta final-unos mejor, otros peor, según sus distintas capacidades- del premio de una educación abierta, responsable y constante, de día a día, de horas y horas, buscando que las ramas del árbol de la vida no salieran torcidas, sino rectas hacia el sol de una juventud diferente.

Y eso es lo que pido al futuro para los niños y jóvenes, en un mundo distinto que no debe ser distante y donde algunos caballos del Apocalipsis – alcohol, redes sociales, tabaco, drogas, fiebre del sábado noche, botellones, indiferencia- corren desbocados hacia metas no deseadas y donde la palabra “aburrimento” – siempre lo decía en la escuela : nunca me he aburrido- debe ser desterrada de la existencia y otras, como libertinaje (que no la imprescindible libertad) , egoísmo (yo, yo, yo: y siempre yo), insolidaridad, igualdad de género que es eso tan fácil de explicar : hombres y mujeres iguales, una juventud que ha tenido que vivir (como también nosotros los viejos) un nuevo siglo con muchos problemas : recesión del 2008, Covid del 2019, volcán de La Palma de 2020 y ahora este conflicto de Ucrania de 2021 y ya se sabe cómo empiezan las guerras, pero no cómo acaban: yo no viví nuestra Guerra Civil pero si la sufrí.

Todo debe ser enterrado en el arcón de los malos recuerdos y brotar como flores en primavera después de un invierno lluvioso y aparecer los conceptos del respeto común, de no pensar sólo en mí, sino también en los demás, del amor a la Naturaleza, del bien de todos para todos. Consejos de veterano maestro, que no viejo, pues la juventud está en la mente y no en las piernas... y “es posible luchar con la vida en contra”. Si lo sabré yo que lo peor que me puede pasar ya me ha pasado. Es la vida al revés: el futuro llegó primero que el pasado. Lo único claro de la vida es la propia vida. Y con la entereza como bandera y con la amistad como abrigo para tantas noches de

frío y de preguntas sin respuestas, hay que seguir. Me repito: el problema es tan grande que no tengo problemas. ¡Qué todo lo cambia un segundo!

Y hablando de educación, nos pasó el llamado Caso Aneja que es uno de los hechos más tristes y dolorosos de nuestra vida, pues fue una enorme injusticia que ni se perdona ni se olvida. Y lo peor para ellos: lo vivieron nuestros hijos.

La llegada al Colegio Aneja de La Laguna en 1990 fue una cara y una cruz. Felices y trabajando como leones ante las primeras incomprensiones, siempre saldadas por el esfuerzo de auténticos profesionales. Trabajo solidario y nunca solitario. No de una sola firma sino de muchas firmas. Y grupo de alumnos preparados y conscientes, ilusionados y sugerentes con viaje a Portugal y Galicia de casi cien personas y el viaje a Argentina, de 20 días, por premio de la UNESCO a trabajos sobre el patrimonio lagunero y el imaginativo Luis Balbuena en todos los calderos de su hacer indesmayable.

Nos convertimos en estafados por unos estafadores educativos, por incompetentes de una Consejería a la deriva, sin rumbo y proa al marisco. Dieciséis profesores, algunos con cerca de 40 años de docencia, de aquellos que iban a la Península y a los barrios más alejados de las islas, con problemas en su vida cotidiana, nos vimos cercados y apaleados por la burocracia de las normas. Pero el grupo no se rindió (“el que resiste, gana”, dijo un Nobel) y de mártires nos convertimos en referentes, en ejemplos a seguir en la lucha contra los poderosos. Larga lucha donde a nuestra unidad-después amistad- se unió Loly Rodríguez, profesora y nuestra gran abogada, que nos llevó desde el frío invierno de la sinrazón a la primavera de mil flores de la justa justicia. Medios informativos como altavoces, compañeros en la lucha, 13 días y 12 noches encerrados en el propio despacho (desde un 26 de enero hasta el 8 de febrero de 1996) del inefable Consejero José Mendoza y la rotunda victoria final.

Y como dijo Luis Balbuena en el acto de mi jubilación: *Allí estaban Salvador y sus compañeros y compañeras denunciando lo que, a todas luces había sido una chapuza que produjo serios contratiempos en sus vidas profesionales y familiares. Allí estaban aquellos David peleando contra un Goliat confuso, que tuvo que doblegarse ante el coraje y la perseverancia de quienes se sintieron maltratados, injustamente maltratados. Y de nuevo Salvador marca otro surco esta vez de coherencia y valentía.*

Tengo que hablar también de un mal recuerdo por un accidente de tráfico que tuve en la recta de la Playa del Socorro cuando un coche se me empotró literalmente en mi flamante Mercedes que había comprado de segunda mano en Alemania y que me duró veinte años.

Me asusté mucho y estuve un tiempo sin conducir hasta que Juan-siempre Juan José Rodríguez González- me dijo de ir al lugar y después, escribir, cosa que hice y el texto se llamó “Inocente el día de los Inocentes”.

Les leo dos párrafos: el inicio y el final. *La muerte contra la vida. La vida contra la muerte. La vi entrar y la vi salir en mí. Entró como una nube negra, larga y ancha, en décimas de segundos. Como un toro segador, como una afilada guadaña entró con un destello de luz cegadora y mi vida giró en círculos concéntricos, en espirales de recuerdos, en envoltorios calientes de cariño. Moría la ilusión ante el artefacto nuevo, aquel vehículo con nombre de mujer, que había venido como la rubia cerveza: del otro Norte.* Y el final del texto: *“Un 28 de diciembre de 1997, a las 21,05 horas. Soy un número en un atestado de la Guardia Civil pero la vida sigue. La muerte está dentro de la vida, dijo el poeta. Abro los pulmones. Respiro. Me entra el aire de mi propia existencia. Brilla alguna estrella. La noche deja de ser oscura. Siempre hay mil soles en el reverso de las nubes...*

Y llegó el hachazo brutal de la ida de mis hijos. Es la vida al revés, sí, pero la Fundación es la prueba tangible de que “es posible luchar con la vida en contra”. A nosotros nos sobra todo y el único objetivo es ayudar a los demás, a los más necesitados, con lo que sabemos y con lo que podemos, porque, además, “hacer el bien, hace bien”. Les recomiendo leer “Salvador y Aurora: herederos y huérfanos” y publicado al poco tiempo en los tres periódicos de la provincia. Un texto que siempre me digo cómo pude escribir ante tanto dolor y tanta tristeza...

Y me llegó otro problema en julio de 2016: una importante enfermedad. Y eso que te cure un cáncer de próstata una exalumna- médica y ahora amiga- Ana Plata, que me dice siempre “la culpa de que me guste viajar es tuya por darme Geografía e Historia”. Antes de la operación y del tratamiento, le dije: “Hazlo con tiempo que en septiembre me voy de viaje a La India”. Y así sucedió. Y es la vida con sus infinitas vueltas.

Igualmente, otro texto triste fue el que escribí dedicado a Ana Rosa Hernández Morales, hecho con la colaboración de su hija Ángela en su parte final, esposa de mi sobrino Luciano Alberto, hermana de los profesores Carlos y Mercedes, madre de dos hijos, maestra del colegio de La Guancha con destacada trayectoria. El texto, titulado *Ana: te voy a decir qué fuiste*, fue leído un 5 de agosto de 2017 en una iglesia totalmente llena y recuerdo siempre la potencia del cerebro que ningún ordenador podrá imitar, pues leí con potente voz hasta el derrumbe final. Mar de lágrimas en unos de los hechos más tristes de mi última vida. Mi recuerdo, aquí y ahora, para Ángela y Omar que estudian en dos universidades de Madrid.

En fin, que no lo he tenido fácil. Una vida llena de algunas sombras, pero también con muchas luces que siempre quiero compartir por esos brillantes caminos de la amistad. Las buenas noticias también son noticia y me repito “hacer el bien, hace bien”. De ahí la buena noticia de la Fundación que lleva el nombre de mis hijos y que tiene una frase para hacer cosas “por los demás”: la de Nelson Mandela que dice *La educación es la herramienta más poderosa para cambiar el mundo*. Y dejen que les diga algo: al igual

que los palmeros deben continuar, nosotros, Aurora y yo, hemos seguido “a pesar de la vida en contra” en el camino de la educación y la cultura con la Fundación Canaria Carlos Salvador y Beatriz, nuestros hijos siempre “que nos siguen dando fuerzas para hacer lo imposible: vivir”.

Desde el año 2006, la Fundación, que es una “entidad sin fines lucrativos”, no ha parado de hacer cosas. Desde las ayudas a alumnos de los institutos de Canarias en número de más de 700 con un presupuesto de más de 150 mil euros para 40 municipios (muchas aquí, en La Guancha) y más de 66 centros. Hemos construido escuelas en Paraguay (inauguradas con dos ministros y nuestra asistencia, pero ojo, asumiendo nosotros los gastos de viaje, hotel y comida), otra, en Perú, cerca de 96 entregas de material escolar a cuatro países americanos, mobiliario a dos escuelas, Jornadas Médicas en Perú, becas a indígenas en Paraguay, Premio de Investigación 2014 sobre galerías de agua, Trabajo de Investigación 2016, en convenio con el Ayuntamiento de La Guancha, sobre el Grupo Juvenil Agrario, publicación de varios libros (entre ellos los tres póstumos de nuestro hijo Carlos Salvador) y otros, de Luis Balbuena y muchas actividades más educativas y culturales. En 2019 y a través de una enfermera guanchera, Ana Gali, contribuimos a construir un pozo de agua potable para un centro escolar de Gambia, con un presupuesto de más de 3000 euros. Y con la erupción del volcán de La Palma, actuamos rápido: por medio de Jerónimo Morales celebramos en el Instituto de La Guancha una vídeo conferencia con los directores de los centros afectados y en cuatro días les enviamos 12.000 euros a dos institutos de Los Llanos de Aridane, uno de El Paso y otro de Tazacorte. Repartieron nuestra ayuda a 169 alumnos. ¿Cómo lo logramos? Con nuestro trabajo, sin empleados, con las aportaciones de socios y la ayuda anual de la Caixa con 2000 euros. Y es que creemos en la frase del escritor uruguayo Eduardo Galeano: *Mucha gente pequeña, en lugares pequeños, haciendo cosas pequeñas pueden cambiar el mundo*

Ahora, debo seguir con mi curiosidad intacta, mis ganas de aprender, mis deseos de ayudar a los demás y “mientras la cabeza no se resigna”, como le dijo Felipe González a Évole ... ¡estaré vivo! Proyectos no faltan, pero uno me parece prioritario, pues está aquí al lado, en el edificio que se construye, o sea, el nuevo Centro Cultural. Tengo abundante material para hacer un gran libro y detallada exposición donde se cuente la pequeña y gran historia de un centro cultural que el año próximo cumple 90 años (1933-2023). El Casino, el Centro Cultural “Unión y Fraternidad”, siempre ha sido un potente faro de cultura, de educación, de diversión (los famosos Bailes con las mejores orquestas canarias), de teatro, de música, conferencias, debates, pinturas... y de historia grande y pequeña. Desde una Guerra Civil que pretendió desaparecerlo hasta el obligado cambio de nombre por la *sugerencia* de un gobernador civil y que a Jorge Valdano tanto le asombró en una charla aquí cuando era entrenador del Tenerife. Pues para eso necesito

el apoyo de todos: desde el propio Ayuntamiento a mi amigo del alma, Juan, que debe ser el coautor, hasta el propio pueblo con sus aportaciones de recuerdos, fotografías, programas, conversaciones... en un trabajo colectivo: de todos para todos. Ese libro, como el de la Banda de Música, debe ser importante para conocer el pasado y enfocarlo al futuro. Otro libro sería hacer lo mismo con las famosas Fiestas de La Guancha. O sea, que el trabajo no falta. Aquí quedan las ideas abiertas y el surco por sembrar. Y siempre la frase de Esteban, el Fontanero Mayor del Reino, que me dice: “Tú lo único que sabes es leer y escribir”.

Y termino. Y agradecido siempre: a mis dos familias, a tantos amigos, a mis alumnos, a ... ¡y a mi pueblo siempre presente en los días más tristes de mi vida y no los tendré peores!

He aprendido a ser guanchero universal – de todas las patrias y de todos los aires- y siempre a cuentas con la frase del poeta portugués Fernando Pessoa y lema de mi vida: *Pon todo lo que eres en lo mínimo que hagas.*

Otra cuenta saldada. Y nunca un punto y final, sino siempre un abierto punto y seguido.